



Suplemento del Manual de Presidentes de la Iglesia

Manual del alumno

Religión 345

Capítulo 16

Thomas S. Monson

DECIMOSEXTO PRESIDENTE DE LA IGLESIA



MOMENTOS DESTACADOS DE LA VIDA DE THOMAS S. MONSON

Edad Acontecimientos

- Nace el 21 de agosto de 1927 en Salt Lake City, Utah; hijo de G. Spencer Monson y Gladys Condie Monson.
- 12 Trabaja media jornada con su padre en la imprenta Western Hotel Register Company. Ese empleo fue el precursor de su carrera en el la industria de las artes gráficas.
 - 17 Se matricula en la Universidad de Utah (otoño de 1944).
 - 18 Realiza una instrucción militar básica en la Reserva de la Marina de los Estados Unidos (6 de octubre de 1945).
 - 19 Regresa a casa y retoma su formación académica.
 - 21 Se gradúa con honores de la Universidad de Utah con un título en administración de empresas. Comienza a trabajar para el periódico *Deseret News*. Contrae matrimonio con Frances Beverly Johnson en el Templo de Salt Lake (7 de octubre de 1948).
 - 22 Se lo sostiene como obispo del barrio de su infancia en Salt Lake City (7 de mayo de 1950).
 - 26 Recibe el nombramiento de subgerente general de Deseret News Press.
 - 27 Se lo llama como consejero de la presidencia de la Estaca Temple View, Salt Lake City (16 de junio de 1955).
 - 31 Se lo llama a prestar servicio como presidente de la Misión Canadiense, con sede en Toronto, Ontario, Canadá (21 de febrero de 1959).
 - 35 Regresa a Salt Lake City al término de su presidencia de misión y recibe el nombramiento de gerente general de la imprenta Deseret Press. Durante esa época también presta servicio en el Comité de Correlación de los Cursos de Estudio para Adultos.
 - 36 Se le ordena miembro del Quórum de los Doce Apóstoles (10 de octubre de 1963).
 - 41 Presta servicio como miembro de la Mesa Ejecutiva Nacional de los Boy Scouts de América (1969), donde todavía sigue siendo miembro.
 - 46 Publica su primer libro: *Pathways to Perfection* (1973).
 - 47 Dedicla la tierra de la República Democrática Alemana (Alemania Oriental) para el avance de la obra del Señor (27 de abril de 1975).
 - 51 Recibe el nombramiento de presidente de Deseret News Publishing Company y de presidente de la junta directiva de esa institución.
 - 54 El presidente estadounidense Ronald Reagan lo designa para servir en el Grupo de Trabajo del presidente para las Iniciativas del Sector Privado (diciembre de 1981).
 - 55 Preside la ceremonia de la palada inicial y de la dedicación del terreno para el Templo de Freiberg, Alemania (23 de abril de 1983).
 - 58 Se lo llama en calidad de consejero del presidente Ezra Taft Benson (10 de noviembre de 1985).
 - 61 Acompañado de otros hermanos, se reúne con Erich Honecker, secretario general de la República Democrática Alemana, y recibe permiso para que entren misioneros al país a prestar servicio misional y también para que salgan misioneros de ese país a prestar servicio en otro lugar (28 de octubre de 1988).
 - 66 Se lo llama como consejero del presidente Howard W. Hunter (5 de junio de 1994).
 - 67 Se lo llama como consejero del presidente Gordon B. Hinckley (12 de marzo de 1995).
 - 80 Se lo ordena y se lo aparta como Presidente de la Iglesia (3 de febrero de 2008).



La familia de G. Spencer Monson y Gladys Condie Monson.

RECIBIÓ UN LEGADO DE FE DE LOS PIONEROS

El presidente Thomas S. Monson compartió lo siguiente sobre su legado pionero:

“En la primavera de 1848, mis tatarabuelos, Charles Stewart Miller y Mary McGowan Miller, que se habían unido a la Iglesia en su tierra natal de Escocia, dejaron su hogar en Rutherglen, Escocia, y viajaron hasta St. Louis, Misuri, EE. UU., a donde llegaron en 1849 en compañía de un grupo de santos.

“Mientras la familia trabajaba en St. Louis a fin de ahorrar suficiente dinero para terminar su viaje hasta el Valle de Lago Salado, se desató una plaga de cólera que dejó muerte y aflicción a su paso. La familia Miller se vio terriblemente afectada: en dos semanas fallecieron cuatro miembros de la familia. El primero, el 22 de junio de 1849, fue William, de dieciocho años; cinco días más tarde murió Mary McGowan Miller, mi tatarabuela, la madre de la familia; dos días más tarde, falleció Archibald, de quince años; y cinco días después murió Charles Stewart Miller, mi tatarabuelo, el padre de la familia. Los hijos que sobrevivieron quedaron huérfanos, entre ellos mi bisabuela Margaret, que en aquel entonces tenía 13 años.

“Poco es lo que se ha registrado sobre el dolor y las penalidades de los nueve hijos de la familia Miller que quedaron al seguir trabajando y ahorrando para el viaje que sus padres y hermanos nunca llevarían a cabo. Sabemos que salieron de St. Louis en la primavera de 1850 con cuatro bueyes y un carromato, y que finalmente llegaron al Valle de Lago Salado ese mismo año.

“Otros de mis antepasados afrontaron pruebas similares. Sin embargo, a través de todo ello, su testimonio permaneció firme y constante. De todos ellos recibí un legado de absoluta dedicación al evangelio de Jesucristo. Gracias a esas almas fieles, estoy ante ustedes hoy” (véase *Liahona*, mayo de 2008, págs. 88–89).

MOSTRÓ GRATITUD POR LA FE DE SU ABUELO MISIONERO

El élder Thomas S. Monson, en ese entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, manifestó su gratitud por su legado misionero al citar dos entradas del diario de su abuelo: “Me gusta leer el diario misional de mi abuelo. Sus primeras anotaciones son dignas de mención. Una dice: ‘Hoy me casé en el Templo de Salt Lake con la chica de mis sueños’. La anotación hecha la noche siguiente en el diario dice: ‘Esta noche vino el obispo a visitarnos y me pidió que volviera a Escandinavia en una misión de dos años. Por supuesto, iré. Y mi dulce esposa se quedará aquí y me sostendrá’. ¡Cuán agradecido estoy por tener un legado misional!” (*Liahona*, enero de 1985, págs. 34–35).

CULTIVÓ EL DON DE LA COMPASIÓN DURANTE SU JUVENTUD

El élder Thomas S. Monson, para entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, compartió el siguiente ejemplo de cómo la influencia de su madre lo ayudó a desarrollar compasión por las demás personas:

“Cuando tenía unos 10 años, se aproximaba la Navidad y yo anhelaba un tren eléctrico. Lo que quería no era un tren barato y común de cuerda, sino uno eléctrico.



fotografía de Thomas S. Monson de bebé



Fotografía de la infancia de Thomas S. Monson

“Eran los tiempos de la depresión económica; pero la mañana de Navidad mis padres, con gran sacrificio, estoy seguro, me regalaron un hermoso tren eléctrico. Pasé horas operando el transformador, mirando cómo la locomotora tiraba de los vagones hacia adelante y luego hacia atrás en las vías.

“Mi madre entró en el cuarto y me dijo que había comprado un tren de cuerda para Mark, el hijo de una viuda que vivía en la misma calle. Le pedí que me lo mostrara. La locomotora era corta y nada vistosa, muy distinta del costoso modelo de tren que yo había recibido.

“Sin embargo, vi que aquel tren tan barato tenía un vagón de combustible que el mío no tenía, y me llené de envidia. Tal fue el alboroto que armé, que mi madre cedió a mis súplicas y me entregó el susodicho vagón, diciéndome: ‘Si crees que lo necesitas más que Mark, quédate con él’. Lo tomé y lo enganché a mi tren, quedando muy satisfecho con mi resultado.

“Mamá y yo tomamos el resto del tren y lo llevamos a la casa de Mark, que era uno o dos años mayor que yo; él jamás había esperado recibir semejante regalo y no tenía palabras para expresar su agradecimiento. Le dio cuerda a la locomotora, que no era eléctrica como la mía, y se llenó de alegría al ver cómo el tren marchaba por la vía.

“Sabidamente mamá me preguntó: ‘¿Qué piensas del tren de Mark, Tommy?’.

“Entonces me invadió un sentimiento de culpabilidad y comprendí mi egoísmo. En seguida le dije a mamá: ‘Espera un momento; ahora vuelvo’.

“Corrí a casa tan rápido como mis piernas me lo permitieron, tomé el vagón de combustible y además otro vagón de mi propio tren y corrí de regreso a la casa de Mark, donde le dije alegremente: ‘Olvidamos traerte dos vagones que pertenecen a tu tren’.

“Mark agregó los dos vagones al tren y yo observé mientras lo ponía en marcha por la vía; en ese momento sentí un gozo inmenso, difícil de describir e imposible de olvidar” (véase *Liahona*, diciembre de 1995, pág. 4).

En otra ocasión, el élder Monson relató cómo el ejemplo de la bondad de su abuelo influyó en él siendo un niño:

“[El anciano Bob] era viudo y tenía más de ochenta años cuando iban a demoler la casa en la que vivía. Yo lo escuché contarle a mi abuelo su triste situación estando los tres sentados en el viejo columpio del porche delantero. Con voz desconsolada, le dijo a mi abuelo: ‘Señor Condie, no sé qué hacer; no tengo familia ni a dónde ir, y tengo muy poco dinero’; yo me pregunté qué le contestaría el abuelo. El abuelo metió la mano en el bolsillo, de donde sacó una vieja billetera de cuero, de la cual, en respuesta a mis insaciables ruegos, me había dado monedas varias veces para que me comprara alguna golosina. Pero en esa ocasión sacó una llave y se la entregó al anciano Bob. Con ternura le dijo: ‘Bob, aquí tienes la llave de la casa contigua, que es mía. Tómala y



La pesca fue el pasatiempo de toda su vida.

traslada allí tus cosas. Quédate todo el tiempo que quieras. No tienes que pagar alquiler ni nadie te va a dejar en la calle otra vez’.

“Bob se emocionó, las lágrimas le corrieron por las mejillas y se perdieron en su larga barba blanca. El abuelo también se emocionó. Yo no dije palabra, pero ese día, la admiración que sentía por mi abuelo creció enormemente y me sentí orgulloso de tener su mismo nombre. Aunque era sólo un niño, esa lección ha ejercido una poderosa influencia en mi vida” (véase *Liahona*, junio de 2007, pág. 80).

APRENDIÓ DE UNA INFLUYENTE PRESIDENTA DE LA PRIMARIA

Gracias a una líder de la Primaria, el presidente Thomas S. Monson aprendió que el amor puede proporcionar la solución para situaciones difíciles:

“Un día de invierno recordé una experiencia de mi infancia; yo tendría unos once años. Nuestra presidenta de la Primaria, que se llamaba Melissa, era una cariñosa señora mayor de cabello canoso.



Fotografía de la infancia de Thomas S. Monson

Un día me pidió que me quedara a conversar con ella. Los dos nos sentamos en aquella capilla solitaria. Me pasó el brazo por los hombros y comenzó a llorar.

“Sorprendido, le pregunté por qué lloraba; ella me contestó: ‘No logro que los niños de tu clase se mantengan reverentes durante los ejercicios de apertura de la Primaria. ¿Estarías dispuesto a ayudarme, Tommy?’.

“Le prometí que lo haría. A mí me extrañó mucho, pero no a ella, que a partir de ese día se acabaron los problemas de reverencia en aquella Primaria. Ella se había dirigido al origen del problema: yo era la causa; y la solución fue el amor.

“Los años pasaron y ese maravilloso ser, Melissa, tenía ya más de noventa años y vivía en una residencia para ancianos en el noroeste de Salt Lake City. Antes de Navidad decidí visitar a mi querida presidenta de la Primara.

“La encontré en el comedor. Miraba con ojos fijos la comida y la revolvió con el tenedor que sostenía en su arrugada mano, sin probar bocado. Cuando le hablé, me miró con ojos buenos pero indiferentes. Tomé el tenedor y empecé a darle de comer mientras le hablaba de lo

mucho que ella había ayudado a los niños cuando servía en la Primaria. No percibí nada en ella que indicara que me conociera, ni tampoco pronunció palabra alguna. Otras dos ancianas me miraban asombradas. Por fin me dijeron: ‘¿Para qué le habla? Ella no reconoce a nadie, ni siquiera a su propia familia. No ha dicho una palabra en todos los años que lleva aquí’.

“Terminó el almuerzo y mi monólogo también llegó a su fin. Me puse de pie para marcharme. Tomé su débil mano entre las mías, contemplé su arrugado pero hermoso semblante y le dije: ‘Dios la bendiga, Melissa. Feliz Navidad’.

“De repente, ella habló: ‘Yo te conozco; tú eres Tommy Monson, mi niño de la Primaria. ¡Cuánto te quiero!’. Se llevó mi mano a los labios y la besó con cariño” (véase *Liahona*, octubre de 1996, pág. 7).

APRENDIÓ AL REPARTIR LA SANTA CENA

Thomas S. Monson anhelaba recibir el Sacerdocio Aarónico y ser ordenado diácono. El relato siguiente ilustra una experiencia que tuvo al poco tiempo de su ordenación:

“Recuerdo cuando a mí me ordenaron diácono. Nuestro obispado recalcó la responsabilidad sagrada que teníamos de repartir la Santa Cena. Se hizo

hincapié en que debíamos vestir bien, tener un porte digno y ser limpios por dentro y por fuera. Cuando nos enseñaron el procedimiento para repartir la Santa Cena, nos dijeron que debíamos ayudar a Louis McDonald, un hermano de nuestro barrio afectado de parálisis, para que tuviera la oportunidad de participar de los sagrados emblemas.

“Recuerdo muy bien mi asignación de repartir la Santa Cena a la fila del hermano McDonald. Estaba temeroso e indeciso al acercarme a ese hermano tan maravilloso, pero luego vi su sonrisa y la entusiasta expresión de gratitud que indicaba su deseo de participar. Con la bandeja en la mano izquierda, tomé un pequeño trozo de pan y se lo puse en los labios, y más tarde le serví el agua de la misma manera. Sentí que estaba en tierra santa, y así era. El privilegio de servirle la Santa Cena al hermano McDonald nos inspiró a ser mejores diáconos” (*Liahona*, noviembre de 2005, pág. 56).



Thomas S. Monson alrededor de los 12 años

SALVÓ LA VIDA DE UNA JOVENCITA

Ya desde pequeño, Thomas S. Monson vio cómo la mano de Dios intervenía en su vida. Compartió la siguiente experiencia de cuando era joven y fue a nadar al río:

“Aprendí a nadar en las veloces corrientes del río Provo que corre por el bello cañón del mismo nombre. El ‘pozo’ donde solíamos nadar se encontraba en una parte profunda del río y se había formado a causa de una enorme roca que había caído en él... El pozo era peligroso, con una profundidad de unos cinco metros, con las corrientes estrellándose violentamente contra la roca y la succión de los remolinos debajo de ella. No era un lugar para un novato ni para un nadador inexperto.

“Una cálida tarde de verano, cuando tenía aproximadamente doce o trece años, saqué la cámara de uno de los neumáticos del tractor, me la eché sobre el hombro y me fui descalzo por las vías del ferrocarril que corrían paralelas a la orilla del río. Entré al agua a poco más de un kilómetro de distancia del pozo, me instalé cómodamente en la cámara y me dejé ir flotando plácidamente corriente abajo. El río no me asustaba, pues conocía todos sus secretos.

“La cámara comenzó a sacudirse, pues estaba a punto de entrar en la parte más rápida del río, precisamente a la altura del pozo, cuando oí unos gritos frenéticos: ‘¡Sálvenla! ¡Sálvenla!’. Una jovencita, acostumbrada a nadar en las tranquilas aguas de una piscina de un gimnasio, se había resbalado de la roca y caído entre los peligrosos remolinos; ninguno de los que la acompañaban sabía nadar para salvarla. Y justo en ese momento llegué yo a la escena trágica. Vi la cabeza de la joven que desaparecía bajo el agua por tercera vez para hundirse en lo que podía ser una tumba permanente; extendí la mano y la agarré por los cabellos, la levanté hasta que pude sostenerla con ambos brazos y la coloqué en la cámara conmigo. El agua era más tranquila en el otro extremo del pozo, y hacia allí me dirigí con mi valiosa carga, hasta los parientes y los amigos que esperaban en la orilla. Todos la abrazaron y la besaron, exclamando: ‘¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios que estás bien!’. Luego me abrazaron y me besaron a mí... Me di cuenta de que había participado en el rescate de una vida. El Padre Celestial había escuchado las súplicas: ‘¡Sálvenla! ¡Sálvenla!’, y me permitió a mí, un diácono, flotar por allí en el preciso momento en que se me necesitaba. Ese día aprendí que el sentimiento más dulce que se puede experimentar en la tierra es el de darse cuenta de que Dios, nuestro Padre Celestial, nos conoce a cada uno de nosotros y nos permite ver y compartir Su poder divino para salvar” (véase *Liahona*, enero de 1996, pág. 55).

APRENDIÓ UNA LECCIÓN SOBRE CÓMO SER LÍDER EN EL SACERDOCIO

El presidente Thomas S. Monson recordó cómo, cuando era un jovencito, un asesor del Sacerdocio Aarónico le ayudó a aprender la importancia de extender una mano de amor para ayudar a otras personas a volver a la actividad en la Iglesia:

“Poco después de que fui ordenado al oficio de maestro en el Sacerdocio Aarónico, fui llamado a servir como presidente del quórum. Nuestro asesor, Harold, se interesaba por nosotros, y nosotros lo sabíamos. Un día me dijo: ‘Tom, a ti te gusta criar palomas, ¿verdad?’

“Le respondí con un tranquilo: ‘Sí’.

“Luego me preguntó: ‘¿Te gustaría que te regalara una pareja de palomas de raza pura?’

“Esta vez le contesté: ‘¡Sí, claro!’ Las que yo tenía eran de las comunes que atrapaba en el techo de la escuela primaria.

“Él me invitó a que fuera a su casa la tarde siguiente. Aquél fue uno de los días más largos de mi vida. Lo había estado esperando una hora antes de que él regresara a casa del trabajo. Me llevó al palomar que tenía en un pequeño cobertizo al fondo de su terreno. Mientras yo contemplaba las palomas, que eran las más hermosas que hasta entonces había visto, él me dijo: ‘Escoge cualquier macho y yo te daré una hembra que es distinta de todas las palomas del mundo’. Una vez que hube elegido, él me puso en la mano una diminuta hembra; la miré y le pregunté qué era lo que la hacía diferente de las otras. Me contestó: ‘Obsérvala con atención, y verás que tiene un solo ojo’. Era cierto; le faltaba un ojo, pues lo había perdido en una pelea con un gato. ‘Llévalas a tu palomar’, me aconsejó, ‘tenlas encerradas unos diez días y después suéltalas para ver si se han acostumbrado al lugar y se quedan allí’.

“Seguí las instrucciones de Harold. Cuando las solté, el macho se pavoneó un poco por el techo del palomar y luego entró a comer, pero la hembra desapareció al instante. Inmediatamente llamé a Harold y le pregunté si la paloma tuerta había regresado a su palomar.

“‘Ven’, me dijo, ‘y nos aseguraremos’.

“Mientras caminábamos desde la puerta de la cocina hasta el palomar, mi asesor me comentó: ‘Tom, tú eres el presidente del quórum de maestros’. Eso era algo que yo ya sabía. Luego agregó: ‘¿Qué piensas hacer para activar a Bob, que es miembro de tu quórum?’.



Thomas S. Monson con dos de sus palomas

“Le contesté: ‘Esta semana lo invitaré a la reunión del quórum’.

Entonces alargó la mano hacia un nido especial y me entregó la paloma tuerta. ‘Mantenla encerrada durante unos días, y vuelve a probar’. Así lo hice, y una vez más el ave desapareció. La historia se repitió. ‘Ven, y veremos si volvió’. Mientras íbamos hacia el palomar, me hizo este comentario: ‘Te felicito por haber conseguido que Bob fuera al sacerdocio. Y ahora, ¿qué harán tú y él para activar a Bill?’.

“‘Lo tendremos en la reunión la próxima semana’, le contesté.

“Esa experiencia se repitió una y otra vez. Yo ya era un adulto cuando llegué a darme cuenta de que Harold, mi asesor, en verdad me había regalado una paloma especial: la única paloma de todo su palomar que él sabía que regresaría cada vez que la pusiera en libertad. Fue su manera inspirada de tener cada dos semanas una entrevista personal del sacerdocio con el presidente del quórum de maestros. Le debo mucho a aquella paloma tuerta, y mucho más le debo a aquel asesor de quórum que tuvo la paciencia y la facultad de ayudarme a prepararme para las responsabilidades futuras” (véase *Liahona*, noviembre de 2004, pág. 57).

SE LE PIDIÓ QUE UTILIZARA EL SACERDOCIO MIENTRAS PRESTABA SERVICIO EN EL EJÉRCITO

A la edad de 18 años, Thomas S. Monson se alistó en la Reserva de la Marina de los Estados Unidos y fue destinado a San Diego, California. Su hija se refirió al carácter honorable de su padre en ese momento particular de su vida: “Fue una situación en la que, aun siendo joven, escogió mantenerse firme ante toda tentación del adversario... Optó por no ceder, a veces aun a costa de quedarse solo, y que se le reconociera por ser miembro de la Iglesia de Jesucristo. No acudió a Tijuana [México] con los demás jóvenes; no profirió insultos ni apostó; obedeció la Palabra de Sabiduría, hizo bien su trabajo, asistió a las reuniones de la Iglesia... honró su sacerdocio e hizo uso de él. Tomó la decisión de observar los mandamientos del Señor” (Ann M. Dibb, “My Father Is a Prophet” [Devocional de la Universidad Brigham Young–Idaho, 19 de febrero de



Thomas S. Monson asistió a la escuela secundaria West High School de Salt Lake City, Utah, y sobresalió en las asignaturas de Inglés e Historia. Fue presidente del Club de Español y sargento en el cuerpo de oficiales de la reserva.

2008], http://www.byui.edu/Presentations/Transcripts/Devotionals/2008_02_19_Dibb.htm).



Thomas S. Monson con amigos

El presidente Monson recordó una experiencia en la que ejerció el poder del sacerdocio durante su instrucción militar, mientras se encontraba en San Diego, California:

“Como siempre, la noche antes de salir de permiso para Navidad, pensábamos en nuestra casa. Había silencio en los barracones; pero de pronto me di cuenta de que mi compañero en la litera de al lado —Leland Merrill, un miembro de la Iglesia— se quejaba de dolor. Le pregunté: ‘¿Qué te pasa Merrill?’.

Él contestó: ‘Estoy enfermo, realmente enfermo’.

“Le aconsejé que fuera al dispensario de la base, pero me contestó que sabía que si lo hacía no podría ir a casa a pasar la Navidad. Entonces le sugerí que se quedara quieto, ya que si no iba a despertar a todo el cuartel.

Las horas se prolongaron y sus quejidos eran cada vez más fuertes. Entonces, desesperado, susurró: ‘Monson, ¿tú eres élder, verdad?’. Le dije que sí, tras lo cual me rogó: ‘Dame una bendición’.

“Me di cuenta de que nunca había dado una bendición; nunca había recibido una bendición de salud, y tampoco había visto dar una bendición de este tipo. Oré al Señor pidiendo Su ayuda, y recibí una respuesta: ‘Mira en el fondo de tu bolsa de marinero’. Por lo tanto, a las 2 de la mañana, vacié el contenido de mi bolsa en el piso, saqué un objeto duro y rectangular, el *Manual Misional* [que habían colocado en el fondo de la bolsa para que la ropa no se moviera al transportarla], lo acerqué a la luz y leí cómo



Con el uniforme de la Marina

bendecir a una persona enferma. Ante la mirada curiosa de unos ciento veinte marineros, le di una bendición. Antes de terminar de guardar mis cosas, Leland Merrill dormía como un niño.

“A la mañana siguiente, Merrill me dijo con una sonrisa: ‘Monson, ¡me alegro de que tengas el sacerdocio!’. Sólo mi agradecimiento superó su alegría—agradecimiento no sólo por el sacerdocio sino por ser digno de recibir la ayuda que se requería en un momento de inmensa necesidad y por ser digno de ejercer el poder del sacerdocio” (véase *Liahona*, mayo de 2007, pág. 58).

CORTEJA A FRANCES JOHNSON

Thomas S. Monson recibió una inesperada bienvenida de sus futuros suegros cuando comenzó a cortejar a Frances Johnson. Así lo explicó:

“La primera vez que vi a Frances supe que había encontrado a la persona indicada. Más tarde, el Señor nos hizo que nos encontráramos de nuevo y le pedí que saliera conmigo. Fui a su casa a recogerla, y cuando me presentó, su padre dijo: ‘Monson’, ése es un apellido sueco, ¿verdad?’.

“Le dije: ‘Sí’.

“Él contestó: ‘Muy bien’.

“Entonces fue a otra habitación y trajo una fotografía de dos misioneros con sombrero de copa y sus ejemplares del Libro de Mormón.

“‘¿Tiene usted algún parentesco con este Monson?’, preguntó, ‘¿Elias Monson?’.

“Yo dije: ‘Sí, es el hermano de mi abuelo; él también fue misionero en Suecia’.

“El padre de ella lloró, cosa que hacía con facilidad, y dijo: ‘Él y su compañero fueron los misioneros que enseñaron el Evangelio a mis padres, a todos mis hermanos y hermanas, y a mí’” (véase *Liahona*, mayo de 2008, pág. 111).

FRANCES, SU ESPOSA, HA SIDO UN APOYO CONSTANTE

El romance entre Thomas Monson y Frances Johnson floreció y se casaron en el Templo de Salt Lake el 7 de octubre de 1948. La hermana Monson describió el apoyo que le dispensó a su esposo al servir en la Iglesia durante sus primeros años de matrimonio: “Cuando recién nos casamos, Tom era secretario del barrio y luego fue superintendente de la organización de los Hombres Jóvenes; desde entonces ha recibido una asignación



Thomas y Frances Monson el día de su boda, el 7 de octubre de 1948

tras otra... Algunas personas me han preguntado cómo hace una recién casada para adaptarse a eso, pero jamás ha sido un sacrificio para mí ver a mi esposo ocupado en la obra del Señor, sino que me ha bendecido y ha sido una bendición para nuestros hijos. Él siempre ha sabido que si se trataba de la Iglesia, yo esperaba que hiciera lo que debía hacer” (véase la cita por Jeffrey R. Holland en “Presidente Thomas S. Monson: Siempre en la obra del Señor”, *Liahona*, noviembre de 1986, pág. 18).



Thomas y Frances Monson

Debido a los muchos llamamientos de la Iglesia que su esposo ha tenido desde que se casó, la hermana Monson muy raramente se ha sentado junto a su esposo en 60 años de reuniones de la Iglesia. “Pero”, señala el presidente Monson, “jamás se ha quejado... ni una sola vez. En toda nuestra vida de casados nunca ha hecho nada que me impidiera cumplir con cualquier aspecto de mis responsabilidades; de ella he recibido total apoyo y aliento” (véase la cita por Jeffrey R. Holland, en “Presidente Thomas S. Monson: Acabar la carrera, guardar la fe”, *Liahona*, octubre de 1994, pág. 22).



Thomas y Frances Monson con sus hijos, Tom, Clark y Ann, alrededor de 1960

Refiriéndose a la influencia de su madre, Ann Monson Dibb afirmó: “Cuando éramos pequeños, las

responsabilidades de mi padre como miembro del Consejo de los Doce con frecuencia requerían que él se ausentara de casa; muchas veces se iba por cinco o seis semanas seguidas mientras visitaba algunas de las misiones del mundo. Mamá solía decirnos que él estaba cumpliendo con su deber y que nosotros seríamos protegidos durante su ausencia. Ella nos transmitía este mensaje no sólo con palabras, sino con su tranquilo modo de asegurarse que se hiciera todo lo que fuera preciso hacer. Mi madre no es como muchas de las mujeres de la generación actual; en vez de buscar el reconocimiento del mundo, ella siempre se ha conformado con cosas tales como la sonrisa feliz de un hijo o la mano extendida de un nieto, lo cual atestigua su valor... Al meditar en las muchas bendiciones que he recibido como hija de un Apóstol del Señor, aquella que significa más para mí es el don y la bendición de la mujer con la que él se casó: mi madre” (véase la cita del élder Holland en *Liahona*, octubre de 1994, págs. 22-23).

FUE UN PADRE ATENTO

“Aun cuando durante toda su vida han tenido un padre sumamente ocupado, los tres hijos de los Monson no consideran que él los haya descuidado jamás. Los padres de otros niños pasaban más tiempo en casa que papá’, recuerdan, ‘pero no dedicaban a sus hijos tanto tiempo como papá nos dedicaba a nosotros. Siempre que él estaba en casa, hacíamos algo juntos, y éstos son recuerdos invaluables para nosotros’.



Thomas y Frances Monson criaron una familia magnífica.

“Tom, el hijo mayor, recuerda que en los años de la exigente labor de su padre en la Misión Canadiense, éste no tuvo nada de tiempo libre para dedicarle (en los tres años que estuvieron en la misión sólo hubo tres oportunidades en que comieron solos, en familia, sin que hubiera con ellos misioneros u otros invitados). No obstante, todas las noches, antes de acostarse, el pequeño Tom subía a la oficina de su papá, y él, fuera lo que fuera que estuviera haciendo en ese momento, dejaba a un lado su tarea para jugar una partida de damas con su hijito. ‘Ese recuerdo me es tan querido como el que tengo de la vez en que, cuando yo había caído enfermo de pulmonía durante el entrenamiento básico en el servicio militar, papá tomó un avión hasta Louisville, Kentucky, sólo para ir a darme una bendición de salud’, dijo Tom.

“Ann recuerda que... él hacía que sus hijos sintieran que formaban parte de su ministerio, e invariablemente

compartía con ellos experiencias espirituales que había tenido en sus asignaciones. ‘Mis recuerdos más preciados’, afirma, ‘son los de su regreso a casa los domingos por la noche después de alguna conferencia de estaca o gira por la misión, cuando nos contaba de la inspiración especial que había tenido para llamar a un patriarca o de alguna experiencia de fe al entrevistar a un misionero’. Indudablemente, la familia Monson solía disfrutar a menudo de esas historias, porque constantemente su padre tenía impresiones especiales y era movido por la inspiración en los llamamientos que tenía que extender o las acciones que debía tomar.

“Clark recuerda con emoción cuando, durante uno de los inolvidables días de pesca con su padre, éste le pidió que recogiera el sedal por un momento. Una vez recogidos los aparejos en el bote, el hermano Monson le explicó a su hijo: ‘Dentro de unos cinco minutos tu hermano estará frente al tribunal examinador de abogacía, para pasar el examen final. Ya sabes cuánto se ha esforzado en los últimos tres años en la facultad; estoy seguro de que estará algo nervioso. Vamos a arrodillarnos en el bote para orar por él; yo ofreceré una oración, y luego orarás tú’.

“‘Esa fue una de las experiencias más grandes de mi vida’, dijo Clark con posterioridad. También le conmovió profundamente lo que su padre hizo años después, cuando dio la vuelta con el auto y recorrió sesenta y cuatro kilómetros por otro camino para que Clark pudiera contemplar un nido de halcón cerca de Randolph, Utah. ‘En realidad, viniendo de papá no hay nada de sorprendente en ello. Acciones como esa han sido habituales en su vida siempre que viera a alguien necesitado’ (Holland, *Liahona*, noviembre de 1986, págs. 20–21).

Años más tarde, el presidente Thomas S. Monson exhortó a los padres: “Los insto a estar a disposición de sus hijos. He oído decir que ningún hombre en su lecho de muerte se lamenta de no haber pasado más tiempo en la oficina”. Entonces aconsejó lo siguiente: “Mis hermanos y hermanas, el tiempo del que disponen para estar con sus hijos cada vez es menor; no pospongan el estar con ellos” (véase *Liahona*, mayo de 2005, págs. 20–21).



La familia Monson en 1982

“Después de que mi madre sufriera una grave herida pudimos presenciar un poderoso ejemplo de la fe de papá. Ella se había caído y golpeado la cabeza, y estuvo tres semanas en coma. Mi padre estaba muy preocupado y oraba sin cesar. Le prepararon un pequeño cuarto en el hospital, al que llamaban la Habitación de Consuelo, desde donde gestionaba todo su trabajo. Visitaba a nuestra madre cada hora y le hablaba. Su fe y sus oraciones fueron contestadas y mamá despertó del coma.

“Poco después, el médico de mi madre comenzó a explicarnos a mi padre y a mí cuáles eran las expectativas de la recuperación. El doctor no era muy optimista, por lo que mi padre lo interrumpió y le preguntó: ‘Doctor, ¿usted tiene fe? ¿Cree en los milagros?’. El médico se quedó boquiabierto, sin saber qué decir. Entonces mi padre prosiguió: ‘Pues yo sí. Seguiremos adelante con nuestra fe y nuestras oraciones. Frances estará en las manos del Señor y, junto con toda la ayuda médica posible, creemos que Él la ayudará a recuperarse’.

“La atención, la terapia y el tiempo adecuados contribuyeron a una notable recuperación de mi madre. Ante estos hechos, varios médicos admitieron que la recuperación de mi madre fue un milagro” (“My Father Is a Prophet” [Devocional de la Universidad Brigham Young–Idaho, 19 de febrero de 2008]).

FUE COMPASIVO CON LOS MENOS AFORTUNADOS

Ann Monson Dibb compartió el siguiente ejemplo de cómo su padre le enseñó a ser compasiva:

“Mi padre tiene amigos en todos los niveles sociales. Quisiera hablarles acerca de uno de ellos al que algunas personas podrían considerar ‘uno de éstos, mis hermanos más pequeños’. Se llamaba Ed Erickson y era casi veinte años mayor que mi padre. Debido a un nacimiento prematuro, padecía algunas de las complicaciones físicas propias de los neonatos de hace casi un siglo. No veía bien y jamás tuvo ocasión de estudiar y aprender en la universidad. Aun así, mi padre decía que Ed tenía sus ejemplares de las Escrituras abiertos cerca de la silla donde se sentaba a leer. Tuvo que salir a trabajar cuando era muy joven para ayudar a mantener a su madre viuda. Toda su vida realizó labores manuales para el departamento de obras públicas de Salt Lake City. Nunca se casó, nunca tuvo un auto, y aun con 90 años iba caminando a todas partes, a veces hasta 13 kilómetros diarios.

“Mi padre fue un amigo fiel y siempre trató de que Ed se sintiera valorado. Solía contratarlo a menudo para que le ayudase a limpiar los palomares o hacer trabajos manuales en nuestro gran jardín. Confieso que no siempre me sentía cómoda en presencia de Ed. Era un hombre grande, de aspecto diferente, y no conversaba

FUE UN HOMBRE DE FE

Ann Monson Dibb compartió una experiencia acerca de la fe de su padre:

mucho. Ed se limitaba a hacer su trabajo, cenaba con nosotros y luego papá lo llevaba a su casa. Esto se repetía varias veces al año. En años posteriores, cuando mi padre compraba entradas para ir al circo o al rodeo con sus nietos, Ed siempre nos acompañaba y compartíamos nuestras palomitas de maíz y bebidas con él.

“Cuando la revista *Salt Lake City Magazine* escribió un artículo acerca de mi padre, me sorprendió que se citara en él a Ed Erickson, quien le rindió el tributo más grande que jamás yo haya leído sobre mi padre. Él dijo:

“‘Si el Señor y Salvador Jesucristo en persona tuviera que escoger un apóstol, no lo habría hecho mejor que cuando el hermano McKay escogió a Tom Monson’ ” (“My Father Is a Prophet” [Devocional de la Universidad Brigham Young–Idaho, 19 de febrero de 2008]).

El élder Thomas S. Monson, en aquel entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó lo siguiente en una conferencia general de la Iglesia: “Al tomar la determinación de ministrar más diligentemente a las personas necesitadas recordemos que debemos enseñar a nuestros hijos estas lecciones tan importantes de la vida” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 78).

FUE UN OBISPO BONDADOSO QUE SIEMPRE TRATÓ DE AYUDAR A LOS MENOS ACTIVOS

A la edad de 22 años, apenas dos años después de casarse, se sostuvo a Thomas S. Monson como obispo de su barrio. Tal y como había hecho siendo un joven poseedor del Sacerdocio Aarónico, fue en busca de los menos activos para traerlos de regreso al rebaño. Así describe cómo se interesó por un joven presbítero de su barrio que no había acudido a la reunión de su quórum:

“Cuando yo prestaba servicio como obispo, un domingo por la mañana me di cuenta de que faltaba uno de los presbíteros en la reunión del sacerdocio. Dejé el quórum en manos del asesor y fui a casa de Richard. Su madre me dijo que estaba trabajando en un taller ubicado en la calle West Temple.

“Fui al taller en busca de Richard y miré por todas partes, pero no lo pude encontrar. Repentinamente sentí la inspiración de mirar en el pozo de engrasado situado a un lado del taller. De entre la oscuridad pude ver que brillaban dos ojos; luego oí a Richard decirme: ‘¡Me

encontró, obispo! Ya salgo’. Después de eso rara vez faltó a la reunión del sacerdocio”. El presidente Monson agregó que desde aquel encuentro en el pozo de engrasado, Richard sirvió una misión de tiempo completo en México, y luego prestó servicio como obispo, (véase *Liahona*, julio de 1997, pág. 52).

APRENDIÓ A OBEDECER LAS IMPRESIONES DEL ESPÍRITU

Thomas S. Monson aprendió la importancia de dar oído a los susurros del Espíritu:

“A los 23 años, Tom Monson, obispo relativamente nuevo del Barrio Seis-Siete de la Estaca Temple View, se encontraba inusualmente inquieto a medida que avanzaba la reunión de líderes de estaca. Tenía la impresión de que debía salir inmediatamente de la reunión y dirigirse al Hospital de Veteranos situado en el barrio de las Avenidas en Salt Lake City. Antes de salir de su casa había recibido una llamada telefónica avisándole que uno de los miembros ancianos del barrio estaba enfermo y lo habían internado en aquel hospital. La persona que lo llamó le preguntó amablemente si le sería posible encontrar un momento libre para darle una bendición. El ajetreado obispo le explicó que en ese mismo instante tenía una reunión de estaca, pero que tendría mucho gusto por el hospital tan pronto como terminara la reunión.

“Sintió la impresión más fuerte que nunca: ‘Sal de la reunión y vete al hospital inmediatamente’. Pero el que hablaba desde el púlpito ¡era nada menos que el presidente de estaca! Habría sido una descortesía levantarse en medio del discurso de la autoridad que presidía la reunión, abrirse paso entre los demás hermanos que estaban sentados en el banco y salir del edificio. Con creciente impaciencia aguardó a que el presidente terminara y luego salió casi corriendo, sin esperar la última oración.

“Mientras corría por el largo pasillo del cuarto piso del hospital, el joven obispo notó que había mucho movimiento en el cuarto al que se dirigía. Una enfermera lo detuvo y le preguntó: ‘¿Es usted el obispo Monson?’ ”.

“‘Sí’, respondió con inquietud.

“‘Lo lamento. El paciente falleció repitiendo su nombre’.

“Tratando de contener las lágrimas, Thomas S. Monson dio media vuelta y se hundió en la oscuridad de la noche. En ese mismo momento juró que jamás volvería a ignorar una impresión procedente del Señor. Que prestaría atención a las impresiones del Espíritu y haría lo que fuere que le indicaran, siempre fiel en la obra del Señor” (véase Holland, *Liahona*, noviembre de 1986, pág. 15).



Thomas S. Monson en la época en que era obispo



Thomas S. Monson con compañeros de trabajo del Deseret News Press



El obispo Thomas S. Monson con sus consejeros

“TODOS SABÍAN QUE ÉL VENDRÍA, Y SIEMPRE LO HACÍA”

Thomas S. Monson practicó la “religión pura”, tal y como se describe en Santiago 1:27; aceptó gustoso la responsabilidad de “visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones”. Como un joven obispo de un barrio de más de 1.000 miembros, cuidó de 87 viudas (véase *Liahona*, noviembre de 2005, pág. 59). Desde el primer año en el cargo hasta el fallecimiento de la última de las viudas, él y su esposa las visitaban durante la época de Navidad, llevándoles siempre un presente a cada una. “El regalo que les llevó durante muchos años fue una gallina de las que él mismo criaba” (Holland, *Liahona*, noviembre de 1986, pág. 16).

“Su amigo de toda la vida, John Burt, dice: ‘La forma en que Tom cuidaba a las viudas que vivían en su barrio, que eran 87, es un ejemplo de su lealtad y devoción a la gente. Cuando el resto de nosotros fuimos relevados como obispos, simplemente continuamos con la próxima tarea, dejando a las viudas al cuidado de nuestros sucesores. Pero no Tom. De algún modo encontraba el tiempo para ir a visitarlas [aun después de haber sido relevado]; es el hombre más leal que he conocido’. ...

“... En una de las muchas casas de convalecencia de Salt Lake City con las que está tan familiarizado, encontró a una hermana miembro de su barrio, sola, en silencio, en un cuarto oscuro, en un mundo lleno de tinieblas aun más profundas a causa de la ceguera que padecía. Cuando el presidente Monson se acercó al lado de la hermana, ella levantó los brazos torpemente en busca de la mano del único visitante que había recibido durante toda la época navideña. ‘Obispo, ¿es usted?’, preguntó ella. ‘Sí, querida Hattie, soy yo’. ‘Oh, obispo’, dijo con lágrimas que brotaban de aquellos ojos sin vida, ‘sabía que usted vendría’. Todos sabían que él vendría, y siempre lo hacía” (véase Holland, *Liahona*, octubre de 1994, págs. 18–19).

“TEN VALOR, HIJO MÍO, PARA DECIR QUE SÍ”

El presidente Thomas S. Monson compartió la siguiente experiencia de cuando fue llamado a servir como consejero de la presidencia de la Estaca Temple View:

“En ese entonces yo prestaba servicio como obispo. Se llevaba a cabo la sesión general de nuestra conferencia de estaca en el Salón de Asambleas de la Manzana del Templo, en Salt Lake City, en la que se iba a reorganizar nuestra presidencia de estaca. El Sacerdocio Aarónico, incluyendo a los miembros de los obispados, estaba encargado de la música para la conferencia. Al término del primer número musical, el presidente Joseph Fielding Smith, la autoridad que nos visitaba, leyó desde el púlpito los nombres de la nueva presidencia de estaca, para que la congregación los aprobara. Entonces mencionó que Percy Fetzer sería nuestro nuevo presidente de estaca y que John Burt sería nuestro primer consejero —cada uno de los cuales había sido consejero en la presidencia anterior— los cuales ya sabían con antelación acerca de su nuevo llamamiento, antes de comenzar la conferencia. Pero él indicó, que yo, sin embargo, que había sido llamado como segundo consejero de la nueva presidencia de estaca, no había tenido conocimiento de mi llamamiento hasta ese preciso momento en que se había leído mi nombre para el voto de sostenimiento. Después anunció: ‘Si el hermano Monson está dispuesto a aceptar este llamamiento, nos gustaría ahora escuchar sus palabras’.

“Cuando me paré ante el púlpito y miré ese mar de personas, recordé la canción que acabábamos de cantar; se refería a la Palabra de Sabiduría y se llamaba: ‘Ten valor, hijo mío, para decir que no’. Ese día escogí como tema de mis palabras: ‘Ten valor, hijo mío, para decir que sí’. Todos necesitamos valor constantemente, valor para defender nuestras creencias, valor para cumplir nuestras responsabilidades, valor para honrar nuestro sacerdocio” (*Liahona*, mayo de 2007, pág. 57).

RECIBE EL LLAMAMIENTO DE PRESIDENTE DE MISIÓN

Los primeros años de la carrera de Thomas S. Monson “en gerencia y venta de publicidad... se vieron interrumpidos por un llamamiento para servir como presidente de la Misión Canadiense entre 1959 y 1962. Esta misión cubría una región geográfica muy extensa donde no había estacas y en la que los edificios de la Iglesia eran escasos.

“ ‘Su labor tuvo una repercusión tremenda en la misión’, recuerda F. Wayne Chamberlain, uno de sus ex misioneros. ‘Allí estaba el nuevo presidente de la misión, más joven que algunos de los misioneros. Pero en el mismo instante en que puso el pie en Toronto, él estaba a cargo de la obra. Una rápida gira que hizo por la misión le bastó para aprender los nombres de todos los misioneros y de muchos de los miembros. Adondequiera que iba, elevaba los ánimos de todas las personas, e impartió energía y vigor a toda la misión. Con lo que le vi hacer creo que podría haber tenido éxito como directivo de cualquier corporación importante del mundo’. Sobra decir que la obra de la Iglesia floreció en el este de Canadá gracias a al dirección de ese joven presidente” (véase Holland, *Liahona*, noviembre de 1986, pág. 18).

FUE LLAMADO COMO APÓSTOL



Thomas S. Monson en la época de su llamamiento al Quórum de los Doce Apóstoles

Llamado a servir como Apóstol por el presidente David O. McKay, a los 36 años, Thomas S. Monson era 17 años más joven que el siguiente miembro menor del Quórum de los Doce Apóstoles. En su primer discurso en una conferencia general de la Iglesia, dijo lo siguiente:

“Hace unos años me hallaba ante un púlpito en el que había una pequeña

placa que sólo el orador podía ver, y que decía: ‘Quien se pare ante este púlpito, sea humilde’. ¡Ruego a mi Padre Celestial que nunca me permita olvidar la lección que aprendí aquel día! ...

“Hoy suplico con sinceridad, presidente McKay, que yo siempre sea obediente a usted y a éstos, mis hermanos. En ello empeño mi vida y todo lo que pueda tener. Me esforzaré al máximo de mi capacidad para ser lo que usted desea que yo sea” (en Conference Report, octubre de 1963, pág. 14).

SU MINISTERIO SE CARACTERIZÓ POR LA OBEDIENCIA A LAS IMPRESIONES DEL ESPÍRITU EN SU SERVICIO A LA PERSONA INDIVIDUAL



Thomas S. Monson con el presidente David O. McKay y un hombre no identificado

El élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, compartió la siguiente experiencia que ilustra el compromiso del presidente Monson de seguir las impresiones del Espíritu y de tender una mano compasiva a las personas:

“Hace poco, llegó a la oficina del presidente Monson una llamada telefónica del hijo de una mujer de 82 años que se estaba muriendo. El último y único deseo de esa madre era conocer a su ‘Autoridad General favorita’ antes de morir... Una de las secretarías atendió aquella llamada particular, anotando con cuidado los detalles y prometiendo que le daría el recado al presidente Monson. Asimismo, y con toda cortesía, mencionó que los compromisos del presidente eran abrumadores, y que de seguro el presidente Monson oraría por esta hermana aun si no le fuese posible visitarla en persona. El hijo fiel colgó el teléfono, agradecido y satisfecho con la respuesta que había recibido.

“Se comunicó el mensaje; pero el horario, que como siempre estaba repleto de compromisos, hizo que fuese imposible realizar la visita. Pasó un día y el presidente Monson empezó a sentirse inquieto. Esa noche se sintió aún más inquieto. Al día siguiente ya no pudo soportarlo más; subió a su automóvil y se dirigió a una dirección desconocida para visitar a una mujer moribunda que jamás había conocido.

“Manejando entre calles, caminos y vecindarios totalmente desconocidos, el presidente Monson por fin llegó a su destino. Llamó a la puerta, se presentó ante aquel hijo sumamente sorprendido y le entregó una maceta con una planta que había comprado con ese propósito. Se le invitó a pasar a una modesta habitación, en donde su nueva amiga estaba en estado comatoso, luchando

entre la vida y la muerte. En silencio, el presidente Monson se sentó en el borde de la cama y le sostuvo la mano; y con suavidad y ternura, le habló por largo rato acerca de algunos principios del Evangelio... Después de darle una bendición, el presidente Monson, que se disponía a salir de la habitación, notó que había una fotografía de él en una repisa, cosa que no comentó a nadie. Aquella dulce hermana falleció nueve horas más tarde, habiéndose cumplido el último deseo que tenía en esta vida... El hacer caso a esas impresiones espirituales, a veces en los más breves y cruciales momentos, se ha convertido en una de las características más importantes de la vida y el ministerio de Thomas S. Monson” (véase *Liahona*, octubre de 1994, págs. 19-20).

SIEMPRE ATENDIÓ AL ENFERMO Y AL AFLIGIDO

El presidente Dieter F. Uchtdorf, de la Primera Presidencia, compartió una experiencia ilustrativa del amor y la compasión del presidente Thomas S. Monson:

“Hace algunos años, el presidente Monson asistió a una conferencia regional en Hamburgo, Alemania, y yo tuve el gran honor de acompañarlo. El presidente Monson tiene una memoria excelente y hablamos sobre muchos de los santos alemanes; me asombró que recordara tan bien a tantos de ellos.

“El presidente Monson me preguntó acerca del hermano Michael Panitsch, un ex presidente de estaca que era patriarca y había sido uno de los fieles pioneros de la Iglesia en Alemania. Le dije que el hermano Panitsch estaba gravemente enfermo, confinado a la cama e incapacitado para asistir a las reuniones.

“El presidente Monson preguntó si podíamos ir a visitarlo.

“Yo sabía que, poco tiempo antes de su viaje a Hamburgo, al presidente Monson lo habían operado de un pie y no podía caminar sin sentir dolor. Le expliqué que el hermano Panitsch vivía en el quinto piso de un edificio sin ascensor, y que tendríamos que subir las escaleras para visitarlo.

“Pero él insistió, así que fuimos.

“Recuerdo lo difícil que fue para el presidente Monson subir aquellas escaleras; podía subir sólo unos pocos escalones antes de tener que detenerse y descansar. Nunca dejó escapar una palabra de queja y no quería volver atrás.

“Una vez allí, disfrutamos de una agradable visita. El presidente Monson agradeció [al hermano Panitsch] su vida de servicio dedicado y lo alegró con su sonrisa. Antes de irnos, le dio una maravillosa bendición del sacerdocio.

“El presidente Monson podía haber decidido descansar entre las largas y frecuentes reuniones que tuvimos; podía haber pedido que le mostráramos algunos de los lugares hermosos de Hamburgo. Muchas veces he

pensado en lo extraordinario que fue que, de todo lo que había para ver en esa ciudad, lo que él quiso ver más que ninguna otra cosa fue a un débil y enfermo miembro de la Iglesia que había servido al Señor fiel y humildemente.

“El presidente Monson fue a Hamburgo a enseñar y a bendecir a la gente de un país, y eso fue lo que hizo. Pero al mismo tiempo, se concentró en cada una de esas personas. Su visión es amplia y extensa para captar las complejidades de una Iglesia mundial, y no obstante, es sumamente caritativo para concentrarse en una persona en particular” (*Liahona*, mayo de 2008, págs. 69-70).

COLABORÓ EN LAS EDICIONES SUD DE LAS ESCRITURAS EN INGLÉS

En calidad de miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, el élder Thomas S. Monson sirvió como presidente del Comité de Publicación de las Escrituras que supervisó la evolución de la edición SUD en inglés de la Biblia del rey Santiago. Gracias a sus muchos años en el mundo editorial y de la imprenta, la labor del élder Monson en este comité fue crucial. Publicada por vez primera en 1979, esta edición de la Biblia del rey Santiago contenía referencias al Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Entre otras características se incluyeron un innovador sistema de notas al pie de página, una guía temática, un diccionario bíblico, mapas, y nuevos encabezamientos para los capítulos. Esta edición de la Biblia incorporó también más de 600 pasajes de la traducción de José Smith de la Biblia.

Durante la conferencia general de octubre de 1982, y antes de recibir el llamamiento de Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, el élder Boyd K. Packer anunció oficialmente que la publicación de las nuevas ediciones del Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio había comenzado en 1981 y que al Libro de Mormón se le había agregado el subtítulo “Otro testamento de Jesucristo” (véase *Liahona*, enero de 1983, pág. 101).

Estas nuevas ediciones trajeron una atención renovada sobre las Escrituras y contribuyeron a cambiar la manera en que los miembros las estudiaban. Posteriormente, el presidente Monson escribió en cuanto a su labor en el comité: “Ésta es una de las contribuciones principales de mi servicio como Autoridad General”; y luego agregó: “La obra fue prodigiosa. Creo que es uno de los proyectos más espléndidos que jamás he visto” (citado por Ted Walch en “New Edition of Scriptures Was Unifying Force”, *Deseret News*, 26 de febrero de 2005, pág. B4).



Grant Heaton, © 1986 IRI

PRESTÓ SERVICIO A LA IGLESIA EN LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA



El Quórum de los Doce Apóstoles en 1970

En 1968, Alemania Oriental, oficialmente llamada la República Democrática Alemana, se hallaba bajo un gobierno comunista. Se reprimía a la religión en todo el país. Ese año, el élder Thomas S. Monson visitó aquel país por primera vez para reunirse con los miembros de la Iglesia. Más adelante recordó lo siguiente:

“Nos reunimos en un edificio pequeño y viejo. Cuando los miembros cantaron los himnos de Sión, literalmente llenaron el salón con su fe y devoción.

“Sentí gran pesar al darme cuenta de que los miembros no tenían un patriarca, ni barrios ni estacas—tan sólo ramas. No podían gozar de las bendiciones del templo—la investidura ni los sellamientos. Por mucho tiempo no habían recibido la visita de un representante de las Oficinas Generales de la Iglesia y tampoco podían salir del país. Pero a pesar de todo, confiaban en el Señor de todo corazón.

“Me puse de pie ante el púlpito y, con los ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada de emoción, les hice esta promesa: ‘Si permanecen fieles a los mandamientos de Dios, podrán gozar de todas las bendiciones de las que gozan los miembros de la Iglesia en cualquier otro país’. Entonces me di cuenta de lo que había dicho. Esa noche me arrodillé y le rogué a mi Padre Celestial: ‘Padre, estoy atendiendo Tus asuntos; ésta es Tu Iglesia. He dicho cosas que no salieron de mí, sino que venían de Ti y de Tu Hijo. Por favor, permite que esta promesa se cumpla en la vida de esta noble gente’. Y así concluyó mi primera visita a la República Democrática Alemana”.

Siete años más tarde, el élder Monson volvió para rededicar ese país para la predicación del Evangelio:

“Un domingo por la mañana, el 27 de abril de 1975, de pie en un peñasco que hay entre las ciudades de Dresden y Meissen, cerca del río Elba, ofrecí una oración

a favor de la tierra y sus habitantes. En ella destacué la fe de los miembros y recalqué los deseos que abrigaban sus corazones en cuanto a recibir las bendiciones del templo. Imploré para que hubiera paz; solicité la ayuda divina y pronuncié estas palabras: ‘Amado Padre, permite que éste sea el comienzo de un nuevo día para los miembros de Tu Iglesia en esta tierra’.

“De pronto, desde la parte más baja del valle empezó a tañer una campana y un gallo rompió el silencio de la madrugada, cada uno anunciando el comienzo de un nuevo día”.

Junto con otros oficiales generales y locales de la Iglesia, el élder Monson colaboró con funcionarios gubernamentales a fin de facilitar las bendiciones del templo a los santos de Alemania Oriental: “Exploramos todas las posibilidades. ¿Acaso sería posible que hicieran un viaje, una vez en la vida, para ir al Templo de Suiza? El gobierno alemán no lo aprobó. Tal vez, sugirieron, los padres podrían ir a Suiza y dejar a los niños en Alemania; pero eso no tenía sentido. ¿Cómo se iban a sellar los hijos a los padres si no podían arrodillarse ante un altar? Era una situación trágica. Entonces, por medio de la oración y del ayuno de muchos miembros, y de forma muy natural, los líderes del gobierno alemán sugirieron lo siguiente: En lugar de que sus feligreses vayan a Suiza a visitar el templo, ¿por qué no construyen uno aquí, en la República Democrática Alemana? Se aceptó la propuesta y se obtuvo un terreno especial en Freiberg, el cual fue dedicado para la construcción de un hermoso templo de Dios”.

El Templo de Freiberg, Alemania, se dedicó el 29 de junio de 1985. “Había ocurrido un milagro de milagros, pero se necesitaba uno más. ¿Cómo puede crecer la Iglesia sin misioneros?”.

El élder Monson y otros líderes de la Iglesia solicitaron “permiso para que se abriera la puerta a la obra misional”. Al recordar una reunión efectuada en 1988 con líderes de la República Democrática Alemana en la que los líderes de la Iglesia pidieron el privilegio de que hubiera misioneros en aquel país comunista, el presidente Monson dijo:

“El presidente [Erich] Honecker [jefe del estado] abrió la reunión diciendo: ‘Los miembros de su Iglesia han demostrado que creen en el trabajo honrado y en la unidad familiar. También hemos observado que son buenos ciudadanos en cualquier país donde residan. Ahora tienen ustedes la palabra: expresen sus deseos’.



El Templo de Freiberg, Alemania

“Empecé diciendo: ‘Presidente Honecker, cuando se dedicó el Templo de Freiberg, 89.890 de sus compatriotas aguardaron en fila, por un período de hasta cuatro horas, a menudo en plena lluvia, para poder ver la casa de Dios. En la ciudad de Leipzig, durante la dedicación del centro de estaca, 12.000 personas asistieron a las jornadas de puertas abiertas. En la ciudad de Dresden tuvimos 29.000 visitantes; en la ciudad de Zwickau, 5.300; y todas las semanas entre 1.500 y 1.800 personas acuden a visitar los jardines y alrededores del templo en la ciudad de Freiberg. Todos ellos desean saber en qué creemos. Nos gustaría decirles que creemos en honrar, obedecer y sostener las leyes del país donde vivimos. Nos gustaría explicarles que deseamos fortalecer los lazos familiares. Éstas son sólo dos de nuestras creencias. No podemos contestar esas preguntas ni expresar nuestros sentimientos porque no tenemos representantes misionales aquí, como los tenemos en otros países. Los jóvenes que nos gustaría que vinieran a su país como representantes misionales amarían a su nación y a su pueblo, y más que nada dejarían aquí una influencia ennoblecedora. También nos gustaría ver a los jóvenes de su país, que son miembros de nuestra Iglesia, servir como representantes misionales en muchas naciones, tales como en los Estados Unidos, Canadá y muchas más. Ellos regresarán mejor preparados para asumir posiciones de responsabilidad en su propia tierra’.

“A continuación el presidente Honecker habló por unos treinta minutos, describiendo sus objetivos y puntos de vista, y detallando el progreso que ha logrado su país. Al rato sonrió y, dirigiéndose a mí y a nuestro grupo, dijo: ‘Sabemos quiénes son y confiamos en ustedes. Las experiencias que hemos tenido con ustedes han sido positivas, de modo que su petición con respecto a los misioneros queda aprobada’.

“La negra noche de oscuridad había terminado y la brillante luz del día había aparecido. Ahora se podría llevar el evangelio de Jesucristo a millones de personas en ese país” véase (*Liahona*, julio de 1989, págs. 63–65).

Los primeros misioneros de tiempo completo llamados a servir en la República Democrática Alemana llegaron a ese país el 30 de marzo de 1989. El 28 de mayo de ese mismo año llegaron al Centro de Capacitación Misional de Provo los primeros misioneros de tiempo completo procedentes de aquella nación. Todos estos hechos precedieron a la caída del Muro de Berlín, acaecida el 9 de noviembre de 1989.

FUE LLAMADO COMO CONSEJERO DE LA PRIMERA PRESIDENCIA

Tras servir 22 años en el Quórum de los Doce Apóstoles, Thomas S. Monson es llamado en noviembre

de 1985 a servir como segundo consejero del presidente Ezra Taft Benson (1899–1994). En junio de 1994 se lo llama como segundo consejero del presidente Howard W. Hunter (1907–1995), y en marzo de 1995 recibe el llamamiento de primer consejero del presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008); en total ha servido 22 años como consejero de tres Presidentes de la Iglesia.

El élder Bruce R. McConkie (1915–1985), del Quórum de los Doce Apóstoles, describió en cierta ocasión al presidente Monson como “un genio en lo que concierne al gobierno de la Iglesia” (citado por el élder Holland en *Liahona*, octubre de 1994, pág. 23). Antes de ser Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, el élder Boyd K. Packer dijo algo parecido: “Es un genio para la organización... Si yo tuviera que elegir a alguien que manejara con éxito un asunto importante a través de todas las vías correspondientes y pasando por todos los controles necesarios, elegiría a Tom Monson” (citado por el élder Holland en *Liahona*, noviembre de 1986, pág. 19).

“A QUIEN EL SEÑOR LLAMA, EL SEÑOR PREPARA Y CAPACITA”



Con los presidentes Gordon B. Hinckley y Ezra Taft Benson durante la sesión del sacerdocio de la conferencia general de abril de 1989

El presidente Thomas S. Monson testificó que el Señor nos ayudará a hacer Su obra: “Quizá muchos de ustedes sean tímidos por naturaleza o se consideren inadecuados para aceptar un llamamiento. Pero recuerden que esta obra no es únicamente de ustedes y mía; es la obra del Señor, y cuando estamos al servicio del Señor, tenemos el derecho de recibir Su ayuda. Recuerden que a quien el Señor llama, el Señor prepara y capacita” (véase *Liahona*, julio de 1996, pág. 47).

ENSEÑÓ A SERVIR AL PRÓJIMO



Thomas S. Monson en el Pacífico Sur

El presidente Thomas S. Monson alentó a todos a reconocer las oportunidades de prestar servicio:

“Hay muchos por ahí que ruegan y oran para recibir ayuda; están los desalentados, los que son acosados por mala salud y por los problemas de la vida que los conducen a la desesperación.

“Siempre he creído en la veracidad de las palabras: ‘Las bendiciones más gratas de Dios siempre se reciben de las manos de los que le sirven aquí en la tierra’. Tengamos siempre manos prestas, limpias y dispuestas para que podamos participar en proporcionar lo que nuestro Padre Celestial desea que otros reciban de Él” (en *Liahona*, enero de 2000, págs. 60–61).

ENSEÑÓ ACERCA DE LA ACTIVACIÓN EN EL SACERDOCIO



El presidente estadounidense Ronald Reagan saluda a Thomas S. Monson

mantención latente. Por supuesto, siempre les preguntaba: ‘¿Cómo lo lograron? ¿Qué hicieron y cómo lo hicieron?’

El presidente Monson enseñó qué hacer para que los poseedores del sacerdocio que se hubieran inactivado volvieran a la actividad en la Iglesia:

“Cuando asistía a conferencias de estaca como miembro de los Doce, siempre tomaba nota de las estacas que habían logrado activar a aquellos hermanos que tenían un talento y un potencial como líderes que se

“La fórmula era, en general, la misma que la de toda estaca con éxito con respecto a esta fase de la obra. Constaba de cuatro ingredientes: (1) Realizar el empeño a nivel de barrio, (2) hacer participar al obispo, (3) proveer una enseñanza inspirada, y (4) no concentrarse en todos los hermanos a la vez, sino trabajar con unos pocos esposos y sus esposas cada vez y luego pedirles que los ayuden a trabajar con otros.

“Los métodos eficaces de venta que se utilizan en el comercio no son apropiados para los líderes del sacerdocio; más bien son la dedicación al deber, el esfuerzo constante, mucho amor y la espiritualidad personal. Todo en conjunto favorece la transformación y atrae a la mesa del Señor a aquellos, Sus hijos hambrientos, que han deambulado por los desiertos del mundo y que ahora han regresado al ‘hogar’ ” (véase *Liahona*, julio de 1994, pág. 63).

FORTALECIÓ A LOS AFECTADOS POR LA TRAGEDIA Y LA ADVERSIDAD



La Primera Presidencia, octubre de 2005

El presidente Thomas S. Monson testificó del amor de Dios a las personas afectadas por el desaliento:

“También en nuestra vida, la enfermedad ataca a los seres queridos, los accidentes dejan crueles marcas en la memoria, y las piernecitas que una vez corrieron están ahora inmóviles en una silla de ruedas.

“Los padres que aguardan ansiosos la llegada de un nuevo bebé a veces se enteran de que la criatura no se encuentra bien; se enfrentan a un cuerpecito al que le falta un miembro, o cuyos ojos no ven, o que ha sufrido daño cerebral o que padece el llamado ‘síndrome de Down’, y quedan confusos, llenos de dolor y buscando a tientas una esperanza.

“A continuación viene el inevitable sentimiento de culpabilidad, las acusaciones de descuido y los continuos interrogantes: ¿Por qué una tragedia así en nuestra familia? ¿Por qué no la hice quedar en casa? ¿Si no hubiera

ido a aquella fiesta! ¿Cómo pudo suceder eso? ¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaba el ángel guardián? *El si acaso, el porqué, el dónde, el cómo*, palabras repetidas que no restituyen al hijo perdido ni al cuerpo perfecto, ni hacen realidad los planes de los padres ni los sueños de la juventud. Ni la autocompasión, ni el aislamiento ni la profunda desesperación brindarán la paz, la tranquilidad y la ayuda que se necesitan. En cambio, debemos seguir adelante, mirar hacia lo alto, continuar en movimiento y elevarnos hacia lo celestial...

“A los que han sufrido enfermedades en silencio, a los que han cuidado de los física o mentalmente incapacitados, a los que han llevado una pesada carga día tras día, años tras año, a las madres nobles y a los padres dedicados, a todos los saludo con admiración y ruego que las bendiciones de Dios estén siempre con ustedes. A los niños, en particular a los que no pueden correr, jugar y retozar, les repito las tranquilizadoras palabras de un himno: ‘Caros niños, Dios os ama... y desea bendeciros’ (*Himnos*, N° 47).

“A todos los que en medio de la angustia y la tristeza de su alma hayan preguntado sin palabras: ‘Padre Celestial, dime, ¿estás allí?... ¿Y escuchas siempre cada oración?’ (*Canciones para los niños*, pág. 6), doy mi testimonio de que Él verdaderamente está muy cerca, que oye y contesta toda oración. Su Hijo, el Cristo, ha quebrantado todos los lazos de nuestras prisiones terrenales. Las bendiciones de los cielos nos esperan” (véase *Liahona*, enero de 1993, págs. 76–79).

NUESTROS HOGARES DEBEN SER SANTUARIOS ESPIRITUALES Y TAMBIÉN FÍSICOS



Thomas S. Monson con su esposa Frances, frente al Templo de Nauvoo, Illinois, durante su dedicación en junio de 2002

donde las tempestades se detengan a sus puertas, donde reine el amor y more la paz” (*Liahona*, enero de 2000, pág. 22).

En otra ocasión, el presidente Monson enseñó:

El presidente Thomas S. Monson enseñó que el Espíritu de Dios debe morar en nuestros hogares:

“Es en el hogar en donde modelamos nuestras actitudes, nuestras verdaderas creencias. Es en el hogar en donde se fomenta o se destruye la esperanza.

“Nuestros hogares deben ser mucho más que santuarios; deben ser lugares donde el Espíritu de Dios pueda morar,

“La felicidad no consiste en un exceso de lujo, el concepto del mundo de ‘pasarla bien’; ni debemos buscarla en lugares lejanos y exóticos. La felicidad se encuentra en el hogar.

“...El hogar es el laboratorio de nuestra vida y lo que aprendamos allí determinará en gran medida lo que haremos cuando abandonemos el techo paterno” (véase *Liahona*, enero de 1989, pág. 71).

VIVAMOS DE ACUERDO CON NUESTROS INGRESOS

En medio de la incertidumbre económica, el presidente Thomas S. Monson aconsejó a los miembros de la Iglesia a que vivieran de acuerdo con sus ingresos:

“Eviten la filosofía y la excusa de que los lujos de ayer son las necesidades de hoy; las necesidades no existen a menos que nosotros las creemos. En la actualidad, muchos de nuestros matrimonios jóvenes quieren empezar teniendo varios vehículos y el tipo de vivienda que sus padres tardaron toda una vida en obtener. En consecuencia, adquieren una deuda a largo plazo respaldada por sus dos sueldos, y puede que sea demasiado tarde cuando se den cuenta de que en la vida hay cambios—las mujeres tienen hijos, la enfermedad golpea a algunas familias, las personas se quedan sin empleo o se producen desastres naturales u otras circunstancias—y ya no pueden pagar la hipoteca que depende de ambos sueldos.

“Es esencial que vivamos de acuerdo con nuestros ingresos” (véase *Liahona*, mayo de 2005, pág. 20).

ENSEÑÓ ACERCA DE LA IMPORTANCIA DE NUESTRA INFLUENCIA PERSONAL

El presidente Thomas S. Monson explicó que, independientemente del momento de nuestra vida o del tipo de llamamiento que tengamos, podemos ejercer una poderosa influencia para el bien:

“El llamamiento de los primeros apóstoles reflejaba la influencia del Señor. Cuando Él buscó a un hombre de fe, no lo hizo entre la multitud de los que se consideraban justos y que asistían regularmente a la sinagoga, sino que lo llamó de entre los pescadores de Capernaum. Pedro, Andrés, Santiago y Juan oyeron el llamado: ‘Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres’ [Mateo 4:19]. Y fueron en pos de Él. Simón, el vacilante, llegó a ser Pedro, apóstol de fe.



El presidente y la hermana Monson en la conferencia general de abril de 2008

“Cuando el Salvador tuvo que escoger un misionero lleno de fervor y de poder, no lo halló entre Sus seguidores, sino entre Sus adversarios: Saulo de Tarso —el perseguidor— llegó a ser Pablo, el proselitista. El Redentor escogió a hombres imperfectos para enseñar el camino que conduce a la perfección. Lo hizo entonces y lo hace en la actualidad.

“Él los llama a ustedes, y me llama a mí, para servirle aquí y nos asigna las tareas que desea que cumplamos. El compromiso es total y no podemos dudar de que estemos haciendo lo correcto.

“Al seguir al Varón de Galilea —el Señor Jesucristo— nuestra influencia personal surtirá un efecto positivo allí donde estemos, cualesquiera que sean nuestros llamamientos” (*Liahona*, mayo de 2004, pág. 20).

PERMANEZCAN EN EL SENDERO HACIA SU DESTINO ETERNO

Con la ayuda de un relato infantil, el presidente Thomas S. Monson aconsejó a los miembros de la Iglesia que escogieran el sendero que conduce a la gloria celestial:

“Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, nuestra meta es alcanzar la gloria celestial.

“No seamos indecisos como Alicia, en la obra clásica de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*. Tal vez recuerden que ella llegó a una encrucijada de dos caminos que se dirigían hacia adelante, pero en direcciones opuestas. Ahí se encuentra con el gato de Cheshire, al que le pregunta: ‘¿Qué camino debo seguir?’.

“El gato le responde: ‘Eso depende de a dónde quieras ir. Si no sabes a dónde quieres ir, no tiene importancia cuál de los caminos tomes’ [adaptado de la obra de Lewis Carroll, *Alice’s Adventures in Wonderland*, traducción libre, 1992, pág. 76].

“A diferencia de Alicia, todos sabemos a dónde iremos ir; y *sí* es importante en qué dirección vayamos, pues el sendero que tomemos en esta vida, seguramente nos llevará al que sigamos en la vida venidera” (*Liahona*, noviembre de 2004, págs. 67–68).

“¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO CON EL PRESENTE?”

El presidente Thomas S. Monson explicó la necesidad de trabajar hoy para tener un mañana feliz:



Hablando en una conferencia general

“¡Cuán frágil es la vida y cuán inevitable es la muerte! No sabemos cuándo se nos pedirá que dejemos esta existencia mortal, de manera que pregunto: ‘¿Qué estamos haciendo con el presente?’ Si vivimos sólo para el mañana, hoy tendremos muchos ayeres vacíos. ¿Hemos dicho alguna vez: ‘He estado pensando en cambiar el rumbo de mi

vida; tomaré el primer paso mañana?’ Con esa forma de pensar, el mañana es constante. Esos mañanas muy pocas veces llegan a menos que hagamos algo al respecto. Como enseña el conocido himno:

“Por donde quiera se nos da oportunidad

De servir y amor brindar.

No la dejes pasar; ya debes actuar.

Haz algo sin demorar. [“¿En el mundo he hecho bien?”, *Himnos*, N° 141.]

“Hagámonos la pregunta: ‘¿En el mundo he hecho hoy bien? ¿Acaso he hecho hoy algún favor o bien?’ ¡Qué gran fórmula para la felicidad! ¡Qué receta para obtener satisfacción y paz interior —el haber inspirado gratitud en otro ser humano!

“Las oportunidades de dar de nosotros mismos son en verdad ilimitadas, pero a la vez son percederas. Hay corazones que alegrar; palabras bondadosas que decir; regalos que dar; obras que hacer; almas que salvar” (*Liahona*, enero de 2002, pág. 69).

ACONSEJÓ EN CUANTO A CÓMO ORAR

El presidente Thomas S. Monson nos enseñó que el recordar el amor que Dios tiene por nosotros nos facilitará el orar con sinceridad: “Cuando oremos, comuniquémonos de verdad con nuestro Padre Celestial. Es fácil que nuestras oraciones se vuelvan repetitivas y que pronunciemos palabras casi sin pensar en lo que decimos. Si recordamos que cada uno de nosotros es literalmente un hijo o una hija espiritual de Dios, no hallaremos dificultad alguna para acercarnos a Él en oración. Él nos conoce, Él nos ama y desea lo mejor para nosotros. Oremos con sinceridad y con sentido, oremos con acción de gracias y pidamos lo que necesitamos. Escuchemos la respuesta de nuestro Padre, a fin de reconocerla cuando se manifieste. Si lo hacemos así, seremos fortalecidos y bendecidos. Llegaremos a conocerlo a Él y lo que Él desea para nuestra vida. Si lo conocemos, si confiamos en Su voluntad, el cimiento de nuestra fe se fortificará. Si alguno de nosotros ha sido lento en escuchar y obedecer el consejo de orar siempre, no hay momento mejor para



Conversando con los Boy Scouts

comenzar a hacerlo que ahora mismo. William Cowper indicó: ‘Satanás tiembla cuando ve de rodillas al más débil de los santos’ (en William Neil, *Concise Dictionary of Religious Quotations*, 1974, pág. 144)” (*Liahona*, noviembre de 2006, pág. 67).

SE LO SOSTIENE COMO PRESIDENTE DE LA IGLESIA

En su primera conferencia general como Presidente de la Iglesia, el presidente Thomas S. Monson testificó de su dependencia del Señor: “Mis amados hermanos y hermanas, hace más de 44 años, en octubre de 1963, me encontraba ante el púlpito del Tabernáculo; me acababan de sostener como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles. En esa ocasión, mencioné un pequeño rótulo que había visto en otro púlpito, que decía: ‘Quien se pare ante este púlpito, sea humilde’. Les aseguro que en ese momento me sentía humilde por mi llamamiento para integrar los Doce; sin embargo, al estar hoy ante *este* púlpito, me dirijo a ustedes con la más profunda y absoluta humildad. Siento con intensidad mi dependencia del Señor” (*Liahona*, mayo de 2008, pág. 87).



El presidente Thomas S. Monson con sus consejeros: Henry B. Eyring y Dieter F. Uchtdorf

DIOS DIRIGE A SU PROFETA



El presidente Thomas S. Monson con sus consejeros, Henry B. Eyring y Dieter F. Uchtdorf, en la conferencia de prensa efectuada el 4 de febrero de 2008 donde se anunció al mundo la nueva Primera Presidencia

El presidente Thomas S. Monson aseguró a los miembros que el Señor dirige Su Iglesia:

“Sé, sin duda, mis hermanos y hermanas, que Dios vive. Les testifico que ésta es Su obra. También testifico que nuestro Salvador Jesucristo está a la cabeza de esta Iglesia que lleva Su nombre. Sé que la experiencia más dulce de esta vida es sentir Sus impresiones mientras nos dirige en el adelanto de Su obra. Sentí esas impresiones cuando era un joven obispo, guiándome a los hogares donde había necesidad espiritual, o quizás temporal. Volví a sentir las como presidente de misión en Toronto, Canadá, al trabajar con misioneros maravillosos que eran un testimonio viviente al mundo de que esta obra es divina y de que nos guía un profeta. Las he sentido a lo largo de mi servicio en los Doce y en la Primera Presidencia, y ahora como Presidente de la Iglesia. Testifico que cada uno de nosotros puede sentir la inspiración del Señor si vive dignamente y se esfuerza por servirle.

Tengo la plena seguridad... de que Dios dirige a Su profeta. Mi ferviente oración es que pueda seguir siendo un instrumento digno en Sus manos para llevar a cabo esta gran obra y cumplir las enormes responsabilidades que acompañan al oficio de Presidente” (*Liahona*, mayo de 2008, pág. 88).

“YO SÉ QUE VIVE MI SEÑOR”

Al término de un discurso sobre la vida y la resurrección del Señor Jesucristo, el presidente Thomas S. Monson testificó:

“Mis hermanos y hermanas, reímos, lloramos, trabajamos, jugamos, amamos y vivimos; y luego morimos. La muerte es nuestro legado universal y todos debemos cruzar su umbral. La muerte reclama al anciano, al cansado y al agotado; visita al joven en el albor de su esperanza y en la gloria de su futuro. Ni siquiera los niños pequeños quedan fuera de su alcance. El apóstol Pablo lo expresó así: ‘Está establecido para los hombres que mueran una sola vez’ [Hebreos 9:27].

“Y permaneceríamos muertos de no ser por un Hombre y Su misión, sí, Jesús de Nazaret. Habiendo nacido en un establo y dormido en un pesebre, Su nacimiento cumplió las inspiradas palabras de muchos profetas. Él recibió instrucción de lo alto y nos brindó la vida, la luz y el camino; multitudes le siguieron; los niños lo adoraron; el arrogante lo rechazó; habló en parábolas y enseñó por el ejemplo; vivió una vida perfecta.

“Con todo mi corazón y el fervor de mi alma levanto mi voz en testimonio, como testigo especial, y declaro que Dios vive; Jesús es Su Hijo, el Unigénito del Padre en la carne. Él es nuestro Redentor y nuestro Mediador ante el Padre. Fue Él quien murió en la cruz para expiar nuestros pecados. Él fue las primicias de la resurrección, y gracias a Su muerte todos volveremos a vivir. Cuán dulce es el gozo que dan estas palabras: ‘¡Yo sé que vive mi Señor!’ [“Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, N° 73; véase también Job 19:25]” (*Liahona*, mayo de 2007, págs. 24–25).